

EL LAMENTABLE Y DISTÓPICO *BRAVE NEW WORLD*

Salvador Harguindey

Doctor en Medicina. Cofundador de la International Society for Proton Dynamics of Cancer (ISPDC)

Dedicado a Spinoza, sub specie aeternitatis.

RESUMEN

Este artículo recoge diversos contenidos en clave política, intelectual y espiritual, y ello a un nivel integrado y multidisciplinar. A tal efecto se analizan algunos rasgos característicos de la sociedad actual, como un claro descenso de la humildad, la sabiduría y el espíritu humano en su conjunto, con un exceso simultáneo de soberbia y narcisismo en un mundo cada vez más agresivo, violento y deshumanizado. En el texto se abordan algunas reflexiones y posibles soluciones en aras de paliar dicha situación, y ello a través de una transformación de la sociedad de cara a orientarla hacia una sabiduría integral para el mayor número posible de seres humanos, aun sabiendo que la pirámide de la sabiduría es un largo camino que solo unos pocos han logrado realmente alcanzar. Se hace además una referencia a las distintas confesiones religiosas y/o filosofías y sus respectivos postulados, así como la necesidad de un cambio ascendente y drástico de conciencia en términos de la denominada *metanoia*, que pueda ofrecer una posible solución a esta encrucijada tanto a nivel individual como global.

1. DE LA “DEMOCRACY” A LA “DEMONCRAZY”. NARCISISMO Y ESTUPIDEZ

Se dice que cada día se lee menos. Dado el apresurado ritmo de vida de la sociedad, así como su cada vez más empobrecida situación cultural, esto parece ser algo lógico y comprensible. Hoy en día prima lo rápido, lo fácil, lo ‘práctico’, los valores materiales y, con ello, la vulgaridad, la decadencia, la superficialidad y la hipocresía, con los televisivos *reality shows* a la cabeza, una cabeza sin cerebro. No hay que olvidar el nivel de los políticos de profesión, ese formato democrático del sufragio universal, cual degeneración de la original democracia presocrática y ateniense. Una *democracy* tantas veces degenerada en *demoncrazy*, o sea, en locura endemoniada. En ella, el ansia de poder se ha apropiado de toda la concienciación del ser humano moderno, ese ‘hombre en busca de un alma’ que tan bien definió Carl Jung, y el que todavía no la ha encontrado o la ha perdido para siempre.

Para comprender cualquier enfermedad, hay que tratar de llegar a su origen, a su etiología y etiopatogenia. Así, hoy en día, una grave patología llamada narcisismo ha logrado que la humildad sincera, la sabiduría y, con ellas, la totalidad del espíritu humano, hayan descendido vertiginosamente desde los cielos, cual Lucifer reencarnado en su propia y maligna soberbia, hasta infestar y dominar un mundo cada vez más agresivo, violento y deshumanizado. A lo que se añade lo que en su día dijo el director de cine norteamericano Robert Altman sobre la sociedad de su país, paradigma de los dos grandes pecados de la humanidad actual, como son el egocentrismo y el narcisismo: “*Los Estados Unidos se dirigen hacia la estupidez total*”. A partir de ahí, la impositiva monetización y americanización de la cada vez más superficial vida en el hemisferio occidental, en sus imparables vorágines engullidoras de todo, han arrastrado tras de sí *ad inferos* todo lo demás.

Un ejemplo paradigmático de esta situación ‘cultural’ *made in the USA*, es lo que en su día publicó la revista Time: el hecho que tan solo a uno de cada seiscientos norteamericanos le suena el nombre de Tolstoi. Y únicamente uno de cada once mil de ellos había oído alguna vez el nombre del conde Vrosky, el personaje co-estelar de la universal novela: ‘Ana Karenina’. Esto puede ser ignorancia social, pero aún no llega al grado de poderse considerar como estupidez innata. El estúpido es el que, mostrando siempre una gran seguridad en sí mismo, sostiene que, a una pregunta directa hecha por este autor a un abogado de Nueva York, para él Dostoievski era un espía ruso y Goethe un conocido nazi. Como digo, esta barbaridad la viví en primera persona. De forma similar, a la pregunta de dónde está Italia o España, lo habitual es que un norteamericano medio conteste algo así como que Italia es un barrio de Nueva York y que España está al sur de Méjico.

Decir que uno no sabe dónde está Italia o España es ignorancia, pero contestar tales idioteces entra ya dentro del máximo nivel de estupidez e incultura humanamente imaginables. Y es que el habitual narcisismo del necio absoluto le hace creer que lo sabe todo, incluso recomienda beber lejía, mientras que sus opuestos, los sabios, aceptan humildemente que saben muy poco o, como Sócrates, que solo sabía que no sabía nada. Paradojas de la vida. La estupidez acaba así en una estulticia mayoritaria que no se detiene ante nada, además de demostrar a cada paso una gran iniciativa propia, lo que acaba envenenando y apoderándose de todo el tejido social.

De ahí que de la estupidez provengan todos los peligros impredecibles y desastres incontrolables. Según dijo Buda, *“el egoísmo, la codicia, el miedo, el mal y la infelicidad, todo proviene de la estupidez. Así, la estupidez es el peor de los venenos”*. Por lo cual, no hay posibilidad de salvación, presente ni futura, para algunas sociedades, por muy poderosas que sean o se crean. Además, basta con tener un 51% de estúpidos, incultos o malvados, para ganar cualquier elección basada en el sufragio universal. En esta tesitura, el voto del Dalai Lama y el del ‘Chicle’, valen exactamente lo mismo. Filosófica y políticamente inaceptable.

Publicado por primera vez en 1835, el profético libro de Alexis de Tocqueville: ‘Democracia en América’ nos previno sucintamente de algunos de los peligros para el ascenso de la naturaleza humana hacia el intelecto y el espíritu. Estos han sido reemplazados por el todopoderoso materialismo y la superficialidad, lo que acaba por llevar al hombre moderno a no encontrar su alma. Así ha llegado a convertirse en la víctima de una soledad cósmica maquillada por la tecnología y el narcisismo como orgullosas banderas y desalmados estandartes pseudoespirituales del ‘Brave New World’, ese deprimente y patético ‘Mundo Feliz’ que nos adelantó Aldous Huxley.

Sucintamente, he aquí tres párrafos que resumen fielmente el asimismo profético libro de Alexis de Tocqueville, que ya en el siglo XIX nos previno sobre algunos de los peligros de la democracia para el alma y el espíritu humano:

Sobre la buena vida: “La democracia estimula el gusto por la gratificación física. Si se torna excesiva pronto predispone a los hombres a creer que todo es solo materia, y al momento les llena con loca impaciencia hacia esas mismas delicias y/o recompensas; tal es el círculo vicioso al que las naciones democráticas son conducidas. Estaría bien que vieran el peligro y lo frenaran”.

Sobre la soledad: “La democracia no solo hace que cada ser humano olvide a sus antepasados, sino que también lo separa de sus contemporáneos y descendientes; devolviéndolo para siempre hacia dentro de sí mismo, amenazándolo con encerrarlo por completo en la soledad de su propio corazón”.

Sobre el dinero: “Los hombres que viven en tiempos democráticos tienen muchas pasiones, pero la mayoría de ellas acaban en el amor a las riquezas o proceden de él. La causa de esto no es que sus almas sean más estrechas, sino que en realidad la importancia del dinero es más grande durante dichos tiempos.”

De parecidas y otras limitaciones autoimpuestas escribe Spinoza sobre la democracia, aunque él mismo se declare demócrata, en su 'Tratado político- religioso'. Para este gran hombre de espíritu y filósofo, el problema religioso y el político son dos aspectos de un mismo problema, tal vez, por desgracia, como sucede en Israel y en otras naciones hoy en día.

En cuanto a los valores humanos, lo anterior puede resumirse en una crítica frase de Albert Einstein, cuando dice: *"El ansia de fama, riquezas y éxito externo siempre me han parecido despreciables"*.

Por el camino que conduce hacia la creciente idiocia social de la civilización moderna, la existencia se hunde progresivamente en una espiral descendente hacia un pozo sin fondo (¿el 'bottomless pit' bíblico?), al que se ve abocado por la ansiedad neurótica en la que tanto la civilización occidental como, por extensión o contagio, la oriental, han sucumbido irremisiblemente. El imparable avance de la tecnología, el prácticamente infinito poder del dinero, la tantas veces cruel competitividad, y finalmente, una banalidad que a veces se hace insufrible para cualquier conciencia sensible y desarrollada, mandan en un mundo inmisericorde, en una vida sin compasión de luciferos reencarnados. La consecuente pérdida de sentido vital corroe por dentro y por fuera al hombre moderno. El modernismo triunfante, a pesar de sus innegables éxitos en muchas áreas, hace tiempo que también perdió su alma en el disimulado infierno del omnipotente ego. Mientras que, al ser humano, su víctima propiciatoria, lo vacía de su verdadero ser esencial, que está más allá de cualquier ego -viviendo su solitaria existencia en la conciencia del espíritu místico y transpersonal-, y al cual solo le queda caminar a la deriva paseando su creciente confusión psicológica y espiritual en un cada vez más peligroso, tormentoso y atormentado océano psíquico.

2. EL MUNDO DEL EGO NACIÓ EN EDÉN

Este ser moderno, todavía humano, aunque cada vez menos, merced a sus trillizas cabezas de hidra del *ego-ísmo*, el *ego-centrismo* y la *ego-latría* vive una simbólica, pero al mismo tiempo, veraz y real, caída edénica, por la que se desliza hacia el oscuro vacío de un purgatorio, cuando no infierno emocional, arrastrado por su incurable y mortificador hedonismo narcisista. Dicha dinámica descendente ha convertido a nuestras sociedades en un pulular de seres progresivamente mecanizados y robotizados que cada vez se sienten más alienados, tanto de su propia vida como del medio ambiente, mientras tratan de engañar a su grave enfermedad con mil falsos artilugios. El fin de todo ello es evitar por cualquier medio que el centro de su más verdadero ser y naturaleza no explote irremisiblemente en mil astillas esquizofrénicas antes de ahogarse en las arenas movedizas de un crecientemente aterrador y moribundo Brave New World.

En general, también es cierto que al cielo no se llega sino a través del infierno, como dijo Dante o, de forma similar, y tal como nos ha enseñado Holderlin, la salvación está en el centro del mal. Sin embargo, antes de ver la nueva luz hay que superar la oscuridad del caos (Sri Aurobindo), para crear desde él un nuevo orden, un nuevo aspecto y cosmética de los mundos externo e interno, lo conocido como 'metacosmesis'. Todo ello parece transmitir que, por sinuoso y difícil que se muestre el camino iniciático que hemos emprendido, aún existe una cierta esperanza para el ser humano en algún recóndito lugar de sí mismo. Un paciente y aún oculto rayo de luz espiritual que se halla a la espera de iluminar a una humanidad que sigue buscando su presente y su futuro exclusivamente en lo visible y lo externo, mientras las respuestas que tan desesperadamente necesita, al menos una gran parte de ellas, están ya escritas en el pasado y en su interior. Y es que lo esencial es invisible a los ojos, Saint-Exupéry *dixit*.

3. HACIA UNA SABIDURÍA INTEGRAL Y UNIVERSAL PARA TODOS LOS SERES Y PARA TODOS LOS TIEMPOS.

La sabiduría es como una pirámide que hay que ir ascendiendo hasta esa cumbre que a lo largo de la historia únicamente unos pocos han logrado alcanzar. En su pico más alto es algo 'adual', es decir que, a ese nivel de realización, clarividencia e iluminación, ya no hay más dualismos confrontadores ni

ignorancia de nosotros mismos, y por ello tampoco sufrimiento, crisis o conflictos, pues ahí arriba todo es 'Uno'. Por eso es que, de igual manera, la sabiduría humana, en su más elevada consideración, también sea solamente 'Una'. No es de extrañar por lo tanto que un pequeño racimo de seres elevados, posiblemente los mismos, aunque no sólo esos, que Abraham Maslow definió como 'autorealizadores' -ya fueran científicos, filósofos, místicos, literatos, artistas, e incluso, muy ocasionalmente, políticos-, parezcan llegar en su pensamiento y sentimiento, a conclusiones muy parecidas sobre el sentido y significado que los seres humanos podemos descubrir y aportar a la vida.

Se puede comprender así que un Goethe, inspirado en un misticismo de extracción cristiana, acabe alabando como la religión más elevada la de la Naturaleza, algo que suena muy taoísta, cuando no panteísta o panenteísta. También que el cristiano Juan de la Cruz parezca un hermano gemelo filosófico del 'ateo' pero, a su manera, muy religioso y búdico Schopenhauer. No es erróneo considerar al históricamente vilipendiado y malentendido Spinoza como adualista y advaitista, a Einstein y a Nietzsche como espinozistas -por sí mismos confesos-, a Tolstoi, Carl Jung y Hermann Hesse como cristianos y taoístas a la vez, y finalmente a nuestro añorado Raimon Panikkar como cristiano y budista simultáneamente.

Entre un misticismo menos definido encontramos a ciertos científicos e intelectuales creativos, como Aldous Huxley, Krishnamurti, al taoísta Abraham Maslow, así como a algunos de los filósofos griegos precristianos, alcanzando hacia atrás en el tiempo a Plotino y Hermes Trimegisto en algún lugar del mismo sendero y ascenso hacia la cumbre de la unidad, lo trascendente y la coincidencia de todos los opuestos. Pues eso mismo significa la palabra misticismo: unión, fusión, trascendencia, embelesamiento, plenitud. Es decir: paz; esa paz a la que solo se llega después de haber confrontado y superado todas las desuniones y ambivalencias, según también nos enseña el mismo Buda.

Según se eleva el espíritu hacia la cumbre de la pirámide de la sabiduría, este parece, en cierto modo, mirar insistentemente no sólo hacia atrás, sino también hacia Oriente, para así poder beber de sus filosofías perennes y religiosidades aduales. Probablemente trata así de huir como de la peste de los dualismos y enfrentamientos de unas religiones occidentales basadas en una deidad personal -llámese Dios, Yahvé o Alá- que a lo largo de su más que triste historia (salvo la de sus suprasensibles fundadores y místicos seguidores) se han propuesto dirimir entre ellas una guerra inacabable. Tres religiones con similares estrategias, como son la siempre rentable explotación del miedo, la sojuzgación, el dogmatismo, el prejuicio y el ansia de poder, para con estas armas alejar al hombre de su divino centro e interponerse *dia-bólicamente* entre él y ese Espíritu Divino que es el verdadero fundamento de su ser. A este efecto, recordemos que la palabra diablo significa precisamente eso: separador. Un intento de separación del ser humano de ese centro vivo e intemporal, llámese conciencia o alma, Átman o tao interior, que 'allá tan lejos-aquí tan cerca', se esconde en las profundidades de cada uno de nosotros mientras busca desesperadamente una rendija que permita vislumbrar un resquicio de luz y respirar un aire nuevo e impoluto para salir por fin de una oscura cueva de Platón y dirigirse desde ya hacia una eternidad luminosa e intemporal. Tal vez hacia ese "*instante que comprende todos los tiempos*", como Ken Wilber ha definido la naturaleza de la eternidad.

Es probable que solo la llegada de un cambio ascendente y drástico de conciencia, la llamada 'metanoia', sea el único camino 'evolucionario', sin erre inicial, que ofrezca una posibilidad de salvación, tanto a nivel individual como global. Pero todo ello sin tener que esperar a una redención en cualquier vida futura, a la manera de las (¿trasnochadas?) religiones dualistas, sino incluso en esta existencia, en el 'Aquí y el Ahora'. Una superación que al mismo tiempo nos ayude, como individuos y como civilización global, a salir de un infierno que, de existir, probablemente solo existe en esta vida.

Agradecimientos: A Silvia San Miguel y a Daniel Sánchez-Harguindey Ruiz por correcciones, sugerencias y comentarios.